

La población y el habitat

15

Ramón Díaz Hernández



La alta mortalidad de este período estimuló la devoción y el culto a las ánimas del Purgatorio. (Fresco de ánimas, Jesús Arencibia, iglesia de Schamann, Las Palmas de Gran Canarias).

La población de Canarias de acuerdo con la información que suministra L. Fernández Martín titulada «Aspectos económicos, administrativos y humanos de la Diócesis de Canarias en la segunda mitad del s. XVI» arroja un saldo de 7.741 vecinos que equivale, a 5 personas por cada vecino, a un total de 38.705 habitantes. Esto supone una densidad de tan sólo 5,32 habitantes por kilómetro cuadrado.

Estos recursos humanos se reparten entre unas 50 localidades de población concentrada, destacando en primer lugar las capitales insulares de las dos islas centrales —La Laguna y Las Palmas de Gran Canaria— así como las villas capitales de las islas periféricas y las localidades de Telde, La Orotava, Icod y Garachico.

Evolución demográfica durante el siglo XVI

A la vista de los datos expuestos se pueden colegir los siguientes hechos:

a) Se inicia la tendencia a concentrarse la población en las dos islas centrales, absorbiendo ambas al finalizar el s. XVI nada menos que el 74,65 por ciento del total.

b) Las islas periféricas, en cambio, presentan una evolución demográfica bajo el signo de las oscilaciones bruscas, retrocesos y avances tímidos. En general, presentan un panorama evolutivo más bien sombrío, a excepción de La Palma.

c) En esta centuria se esbozan los que con el tiempo serán los principales núcleos urbanos de Canarias hasta convertirse en cabeceras municipales y comarcales.

d) Se afianza la tendencia a la absorción poblacional por parte de las capitales insulares.

e) Al terminarse el s. XVI se aprecian todavía densidades muy bajas así como un poblamiento discontinuo con espacios geográficos vacíos o semivacíos.

LAS CANARIAS OCCIDENTALES

En las últimas décadas del s. XVI las Canarias Occidentales albergaban a 28.465 habitantes que venían a suponer el 73,54 por ciento de la población canaria. Se distribuían entre 34 localidades arrojando una densidad de 8,87 habitantes por kilóme-

tro cuadrado. Es decir, casi 4 puntos por encima de la densidad media del Archipiélago. Esto viene a significar que la supremacía demográfica era ostentada por la parte occidental de las Islas Canarias ya que en Tenerife, Gomera, Hierro y La Palma residen 7 de cada 10 canarios. Tenerife es a todas luces la isla mejor poblada, seguida a mucha distancia por La Palma.

TENERIFE

Desde el Sínodo de Vázquez de Arce, la isla de Tenerife sobresale como la más poblada de todo el Archipiélago Canario.

A mediados del s. XVI La Laguna contaba con más de 850 vecinos y La Orotava con unos 150 vecinos. El aumento demográfico se apreciaba también en las localidades de Los Realejos, Icod, Daute y Abona. El profesor Ladero estimó la población de Tenerife en 9 ó 10 mil habitantes basándose en la cantidad de cereales necesaria para abastecer sus necesidades. La sociedad tinerfeña de entonces estaba constituida por unos 2.500 indígenas guanches (gran-canarios, gomeros y palmenses) y esclavos africanos. El resto lo formaban colonizadores europeos.

La densidad estaría de 4 ó 5 habitantes por kilómetro cuadrado y el poblamiento era discontinuo con numerosos espacios vacíos. Tenerife durante la primera mitad del dieciséis tenía una producción cerealera excedentaria y escasez de mano de obra a pesar del crecimiento experimentado en el último tercio de la primera mitad de la decimosexta centuria. A esas bases económicas se sumaban, y de forma destacada, los cultivos de caña de azúcar, los ingenios azucareros, la orchilla, la vid y el comercio marítimo.

En 1552 la tasmía de Tenerife arrojaba la cifra de 13.428 habitantes distribuidos entre 23 pueblos. Se había, pues, producido un incremento neto de más de 4.000 nuevos pobladores en sólo tres decenios a consecuencia de los saldos vegetativos altos y a la inmigración. La Laguna concentraba un buen porcentaje de los totales insulares. La siguen en importancia las poblaciones de La Orotava, «Realejo de Taoro» y Garachico.



Tasas de mortalidad sobrecogedoras como constante del período precientífico.

En 1561, una nueva tzmía nos presenta a la isla de Tenerife con 17.641 habitantes. Eso viene a significar que en sólo 9 años se había vuelto a tener un incremento relevante de más de 4.000 nuevos pobladores. La densidad demográfica también aumenta, colocándose ahora en 9,14 habitantes por kilómetro cuadrado. El carácter discontinuo de la ocupación del territorio era todavía palpable al propio tiempo que se advertía ya una polarización en beneficio de la capital insular que concentraba al 40 por ciento de los tinerfeños.

En 1585 Tenerife pasa a sumar un total de 20.350 habitantes que venían a suponer nada menos que el 52 por ciento del total regional. Como se puede apreciar se mantiene el crecimiento rápido pero se percibe una ligera tendencia a ralentizarse debido a las calamidades de todo tipo que se abatieron sobre los isleños. Destacan en primer lugar las epidemias de 1568, 1578 y 1582. Especialmente dura fue esta última que originó

nada menos que 9.000 defunciones.

La densidad también asciende situándose en estos años en 10,5 habitantes por kilómetro cuadrado y la población se distribuye de la siguiente forma: el 32 por ciento de los tinerfeños viven en La Laguna. El resto se distribuye en localidades importantes como La Orotava, Garachico, Icod y el conjunto formado por El Sauzal, Tacoronte, La Victoria, Acentejo y diez enclaves urbanos de población concentrada.

LA PALMA

Desde 1525 la isla de San Miguel de La Palma había seguido aumentando progresivamente su población. Es por lo que se hizo necesario crear nuevas parroquias

y fijar curatos en localidades de creciente vecindario como Puntallana y San Andrés o fundar más conventos de órdenes religiosas como en Santa Cruz en 1530. A los inmigrantes extremeños, castellanos y andaluces se añadieron portugueses, flamencos, franceses y algunos genoveses que organizaron la economía insular basándose en la producción y

exportación de azúcares, plantando vides, explotando la riqueza maderera de sus bosques, desarrollando la industria naval o activando el comercio. A estos primeros grupos humanos se fueron agregando muy pronto los esclavos traídos a la fuerza desde las costas africanas. Su número debió de ser considerable, ya que en 1578 La Palma obtuvo licencia para traer desde el Golfo de Guinea a unos 500 esclavos negros.

En 1585 la isla contaba con 11 pilas bautismales y 5.580 habitantes que suponían el 15,1 por ciento del conjunto regional, así como de una densidad de 8,83 habitantes por kilómetro cuadrado. Estas cifras son tanto más significativas si nos detenemos a analizar adversidades como las erupciones volcánicas del 20-V-1585 de 84 días de duración debido a las cuales se produjeron incendios del bosque y de las cosechas pereciendo el ganado por asfixia, las incursiones piráticas, las levas, epidemias de peste y constantes salidas de vecinos hacia América que no propiciaban una evolución a un ritmo más firme.

El poblamiento de La Palma estaba polarizado básicamente en su capital. Por ello llegó en algún momento a contar con más de la mitad de los efectivos insulares. El resto de los habitantes se distribuían entre unas 12 localidades. En el norte de La Palma descollaba la Villa de San Andrés con 750 almas. La sigue en importancia Los Llanos con 350 habitantes. Desde mediados del dieciséis ya eran conocidos los caseríos de Las Breñas, Buenavista, Puntallana, Tijarafe, Mazo, Garafía, Puntagorda y Fuencaliente. Muchos de estos núcleos deben su origen a los ingenios azucareros.

GOMERA

La Gomera presentaba en el siglo XVI un poblamiento débil. Los severos impuestos señoriales, la pequeñez del territorio insular y su posición periférica dentro del marco geográfico regional restaron atractivos a posibles inmigrantes como colonizadores. Todo ello incidirá negativamente en su desarrollo económico determinando crisis cíclicas y oscilaciones bruscas de sus recursos materiales y humanos.



Las pilas bautismales eran frecuentadas por los fieles que llevaban periódicamente a cristianizar sus vástagos. (Pila bautismal de la iglesia de Santiago de los Caballeros, Gáldar, Gran Canaria).

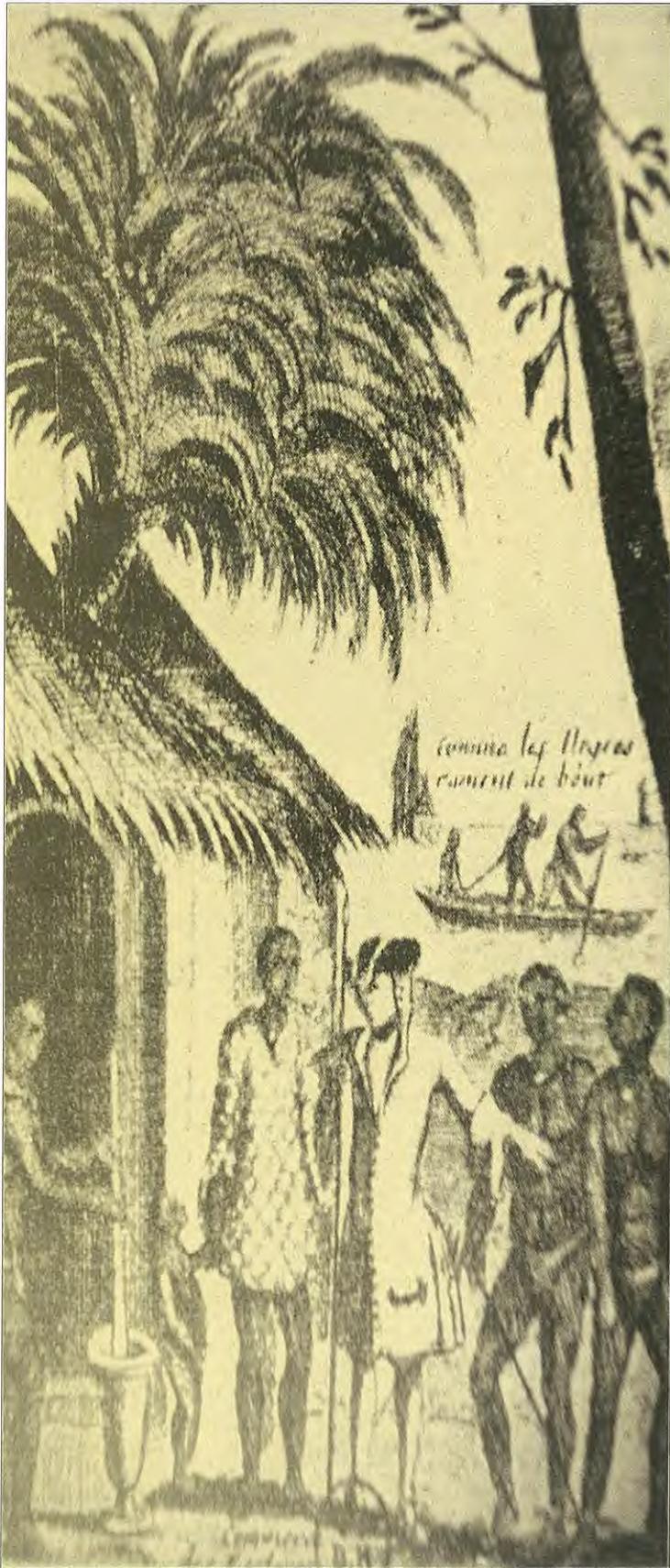
En la primera mitad del s. XVI las plantaciones de caña azucarera, las vides, frutales y cereales en unión de los ingenios ubicados en Hermigua, Valle Gran Rey, Alajeró y La Palma, la ganadería, pesca de bajura y recolección de orchilla constituyeron las ocupaciones laborales esenciales de los gomeiros, que según el propio señor de la isla, Guillén Pezraza, ascendía a 2.000 habitantes en 1540 (cifra sobredimensionada a todas luces).

A la muerte del primer conde, la Gomera quedó dividida en 4 jurisdicciones provocándose una

situación caótica acentuada por la crisis de la producción azucarera. La desbandada de gomeiros alcanzó tal envergadura que se tuvo que implantar «el estanco» o medidas tendentes a evitar que los vecinos abandonasen por completo la isla a partir de 1564. El decaimiento fue tal que las tierras no se aprovechaban por falta de labradores y la escasa población era insuficiente hasta para defenderse de los corsarios que en más de una ocasión saquearon la villa capitalina e interceptaron las comunicaciones y el comercio.



La emigración de isleños hacia América adquirió el carácter de sangría permanente. («Emigrantes». V. Alvarez Sala (1869-1919). Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria).



La esclavitud procedente de Africa supuso un aporte poblacional en el proceso de colonización de las islas.

En 1585 la Gomera contaba con 1.265 habitantes que venían a significar un 3,27 por ciento de la población canaria y una densidad de tan sólo 3,58 habitantes por kilómetro cuadrado. La mayoría de los gomeros residían en San Sebastián. Este núcleo era a finales del dieciséis el más importante de la isla con unas 200 casas, dos iglesias y un buen puerto. El interior de la isla se encontraba semivacío. Vallehermoso, Agulo, Valle Gran Rey y Alajeró eran enclaves de población concentrada todavía muy modestos.

HIERRO

La isla más occidental y menos frecuentada del Archipiélago estuvo siempre muy poco poblada, como la Gomera. Los constantes abusos señoriales unidos a la imposición fiscal concomitante con dicho dominio desfavorecieron el desarrollo económico y demográfico de los herreños. Torriani cuenta que los pobladores del Hierro vivían en casas muy sencillas construidas con piedra seca y se alimentaban fundamentalmente de productos derivados de la actividad ganadera. Producían también buenos quesos y sabrosa carne que exportaban a las demás islas y a la Península. Recolectaban orchilla que luego era exportada a Inglaterra. Las viñas fueron rentables como las plantaciones de frutales. Las lluvias irregulares no favorecieron los cultivos de papas y cereales.

Las estimaciones que hoy se conocen sobre el número de pobladores durante el siglo XVI son pocas y contradictorias. En el año 1540 Guillén Peraza cuantificó en 400 vecinos el volumen demográfico del Hierro sin el menor rigor. En 1585 la isla contaba con una sola pila bautismal y unos 200 vecinos equivalentes a un millar de herreños. Eso supone el 2,58 por ciento de la población canaria en las mismas fechas y una densidad de 3,8 habitantes por kilómetro cuadrado. A los pocos años del recuento reseñado, Torriani afirma en 1591 que la villa capital, Valverde, contaba con unas 250 casas y estaba situada a 7 millas de la costa. Eso significa que residían por esos años unos 1.250 habitantes, es decir, la mayoría de los herreños. Los restantes núcleos de población existentes en el resto de la isla eran de escasa consideración.

LAS CANARIAS ORIENTALES

Las Canarias Orientales terminan el s. XVI con una población total ciertamente limitada. En efecto, Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote suman tan sólo unos 10.240 habitantes que venían a suponer un porcentaje de 26,46 sobre el total archipelágico. Por lo tanto se trata de una población extremadamente débil y un poblamiento también escaso. A un 2,52 habitantes por kilómetro cuadrado alcanza la densidad de las Canarias Orientales con tres puntos por debajo de la media regional. La mayor parte de estos recursos humanos se concentran en Gran Canaria, repartiéndose entre su capital y once localidades del interior de la isla. Fuerteventura y especialmente Lanzarote constituyen territorios semivacíos por estos años a punto de acabarse la decimosexta centuria.

GRAN CANARIA

La industria azucarera, las exportaciones de vinos, orchilla y trata de esclavos junto a la obligada escala en la ruta hacia América generaron un tráfico mercantil que aportaba grandes beneficios económicos contribuyendo sobremanera a incrementar el volumen demográfico de Gran Canaria durante el siglo XVI. En la primera mitad del dieciséis la población de esta isla no llegaba a los 8 mil habitantes y se componía de aborígenes e inmigrantes españoles, agregándose un creciente número de judíos, ingleses, portugueses, irlandeses, algún que otro flamenco, esclavos berberiscos y negros. De estos últimos se decía que en 1536 había «más berberiscos y negros que vecinos».

Entre los años 1530 y 1560 se produjo un período de fuerte inmigración. El crecimiento de la población en estos años corre paralelo a la implantación de nuevas órdenes religiosas, creación de parroquias, dotación de curatos fijos y en diferentes sitios y edificación de conventos y ermitas allí en donde hubiese un vecindario mínimamente expansivo.

El avance demográfico se vio siempre obstaculizado por una mortalidad general bastante



Los sucesivos contagios de peste fomentaron el culto a San Roque. (Iglesia de Fírgas, Gran Canaria).

alta, especialmente entre los niños. En 1531 la isla sufría por tercera vez en lo que se llevaba de siglo del temible contagio de peste. En 1524 se produjo una plaga de «alhora» que exterminó las cosechas y produjo escasez y hambre. Algo parecido se vuelve a repetir en 1538. Por otro lado, la falta de higiene, las levas, guerras, epidemias y hambre ocasionaron multitud de fallecimientos. Además, el torrente emigratorio con dirección hacia América se intensificó a mediados de la centuria. El despoblamiento a causa de la brusca pérdida de habitantes en Gran Canaria generó fuertes temores entre las autoridades civi-

les y militares. Felipe II prohíbe en 1574 la salida de vecinos. Menos mal que la natalidad de entonces era fortísima y gracias a ella se conseguiría enjugar en parte los huecos producidos por la emigración y los fallecimientos.

En 1585, casi finalizando el s. XVI, Gran Canaria contaba con 11 pilas bautismales y 8.545 habitantes que suponen tan sólo un 22,07 por ciento sobre el total regional. La densidad se sitúa en torno a los 6,3 habitantes por kilómetro cuadrado. La isla presentaba una ocupación poblacional francamente discontinua todavía. La mayoría de la población se concentraba en la ciudad de Las Palmas que por entonces contaba ya con unas 800 casas, una guarnición de varios centenares de hombres en armas y una organización bastante aceptable para la época. Telde era la segunda localidad más importante de Gran Canaria con unos 1.500 habitantes. Las restantes localidades absorbían los 5.000 residentes destacando las villas situadas en la fachada orientada a barlovento. Guía y Gáldar tan sólo sumaban unos 1.250 habitantes, en tanto que entre los pueblos de la Vega de San Mateo, Teror, Moya y Arucas se repartían 1.575 personas. En la comarca sur, Agüimes y Tirajana llegaban a alcanzar las 720 almas. Las zonas orientadas al suroeste y las cumbres estaban todavía escasamente ocupadas.

LANZAROTE

La isla de Lanzarote, sometida desde su conquista a una serie de contratiempos (acoso pirático, indefensión, pobreza, abusos señoriales y emigración más o menos forzada), no pudo desarrollarse desde el punto de vista económico y social. Por eso durante toda la centuria la encontramos escasamente poblada. En 1587 Lanzarote contaba con un total de 600 almas (el 1,5 por ciento del volumen regional) y una escuálida ocupación humana de 0'71 habitantes por kilómetro cuadrado. En estos años destaca la villa de Tegui-se con medio millar de personas y Haría con sólo un escaso centenar de habitantes.

La dinámica emprendida por los señores de la isla consistente en expediciones a Berbería a la caza de moros y las represalias consiguientes introdujeron a Lanzarote de lleno en una zona de guerras, de in-

seguridad, de hostigamiento constante y por lo tanto desatractivo para posibles inmigrantes. En 1545 se conoce la expedición de Pedro Fernández Saavedra que resultó un rotundo fracaso falleciendo, además del propio Saavedra, varios de sus oficiales y numerosos soldados canarios. Poco después, Agustín de Herrera y Rojas (fallecido en 1598), conde y marqués de Lanzarote, protagonizó nada menos que 14 expediciones a las costas berberiscas entre 1556 y 1560 desde donde se trajo un gran número de esclavos moros de los que se dice que «sacaba grandísimo provecho y riqueza». La isla se poblaba gracias a la afluencia de estos esclavos de los cuales muchos terminaban bautizándose y quedaban luego en libertad dedicándose a la agricultura, al pastoreo y al transporte pero instalados ya como vecinos y habitantes. Se decía que las tres cuartas partes de los lanzaroteños eran todos moros o descendientes de aquéllos, preocupando al Santo Oficio. Se temía su colaboración con los asaltos piráticos efectuados por los norteafricanos. Estas incursiones contribuían directamente a la despoblación de Lanzarote. Por ejemplo, el asalto de los piratas de Fez al mando de Calafat (7-IX-1569) se llevó a 90 cautivos de esta isla. Otro tanto de lo mismo se volvió a producir con la invasión de Dogalí en 1571, o la efectuada en 1586 por los corsarios argelinos al mando de Amurath que sacó a unos 200 prisioneros lanzaroteños. Algunos cautivos eran rescatados más tarde, pero abundaban los que renegaban de su fe y se quedaron en África indefinidamente.

En los años 90 la población estimada no sobrepasaba el millar de almas. Eso significa que la isla era pobre en brazos. «La causa de que haya tan poca gente, afirma Torriani, es que gran parte de ella se la llevaron cautiva los turcos y los moros». Lanzarote precisaba para su mejor protección de mayor cantidad de hombres pero «su pobreza y disensión» no contribuían precisamente a ello. Y eso que la vida en la isla era saludable puesto que «los hombres viven mucho tiempo, sin notar enfermedades de cuidado, ni tener necesidad de médico para curarse» según testimonio del ingeniero cremonés.

FUERTEVENTURA

La primera estimación que se conoce en el siglo XVI para determinar la población de Fuerteventura es la auspiciada por el San-

to Oficio en 1567. En ella se dice que el vecindario mayorero se elevaba a 280 núcleos familiares, o sea, a unos 1.400 habitantes aproximadamente, concentrados en su mayoría en la antigua capital insular de Santa María de Betancuria. La isla contaría, pues, con una ocupación sumamente exigua toda vez que la densidad alcanzaba tan sólo un 0,8 habitantes por kilómetro cuadrado. El recuento de 1587 rebaja un poco las cifras reseñadas y deja la población de Fuerteventura en unos 219 vecinos que equivaldrían a 1.905 habitantes. Eso supondría una densidad todavía más débil y un porcentaje de 2,83 sobre el total regional.

En la «Descripción de las Islas Canarias hecha en virtud del mandato de S.M. por un tío del Licenciado Valcárcel» se afirma que «...tiene la ysla vn lugar bueno que entre él y la demas población de la ysla contaría con unos 1800 vezinos...». Estas cifras se aproximan bastante a las estipuladas por Torriani en 1591 cuando hizo la observación de que Fuerteventura se encontraba casi deshabitada a excepción de Betancuria que disponía de unas 150 casas. Y añade el ingeniero cremonés que en Fuerteventura «no hay más de 2.000 almas» y los hombres disponibles para su protección eran manifiestamente insuficientes, puesto que no llegaban a 300.



Ingleses, holandeses, franceses y norteafricanos rivalizaron en sus frecuentes correrías piráticas sobre las islas. (Castillo de la Luz, Gran Canaria).

Como se puede apreciar, el ritmo de crecimiento es excesivamente lento durante todo el siglo XVI. Y es que las adversidades son frecuentes y cuantiosas. La presencia de corsarios es constante. Sus invasiones, saqueos y apresamientos aíslan a Fuerteventura de todo tráfico mercantil y se extraen como cautivos a numerosos majeros. Es célebre la invasión de Xabán Arráez en 1593. Por otro lado, la carencia de lluvias durante prolongados períodos, como la de 1593, ocasionaba pérdida de las cosechas y hambrunas espantosas a consecuencia de las cuales fallecían muchas personas y otras tantas tenían que emigrar y buscar refugio en Gran Canaria y Tenerife. Los abusos señoriales y las epidemias que se introducían con cierta reiteración en Fuerteventura eran otras contrariedades con las que tenía que enfrentarse la población.

Poblamiento y población durante el s. XVII

EVOLUCION GENERAL

La población canaria ascendía en 1605 a un total de 40.702 habitantes. En 1688 se registra un fuerte incremento y se sitúa en 105.075, con un ritmo de crecimiento acumulado de 1,1 anual. De 51 núcleos concentrados en 1605 se pasó a más de 61 al finalizar el diecisiete. Por consiguiente, nos encontramos con que Canarias experimenta un notable desarrollo demográfico, cuando en la Península sucedía todo lo contrario.

LAS CANARIAS OCCIDENTALES SUPREMACIA DEMOGRAFICA

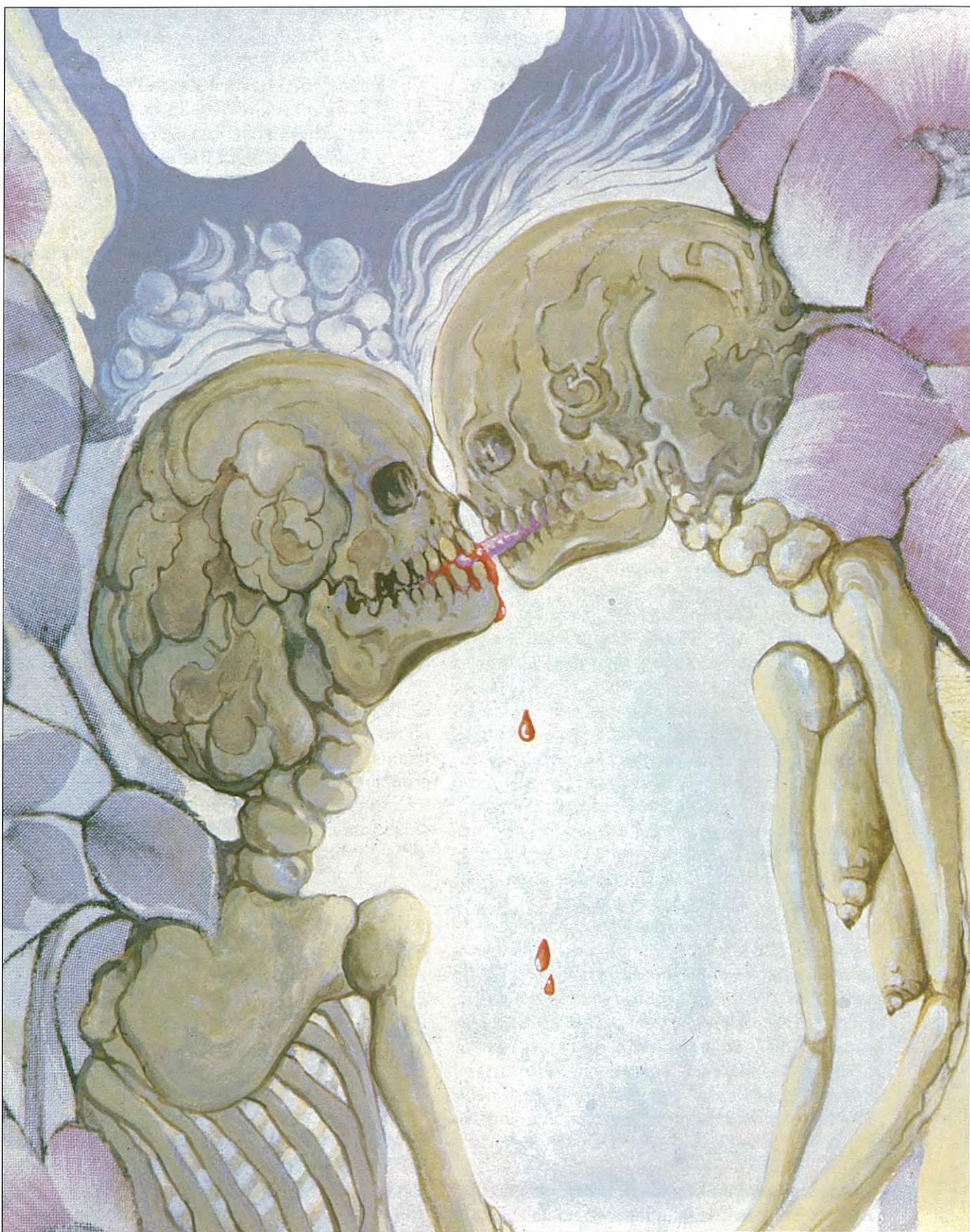
A comienzos del dieciséis las Canarias Occidentales contaban con amplia superioridad demográfica en relación con el conjunto regional. Disponían, en efecto, de 31.612 personas que significaban el 77,65 por ciento de los canarios y una densidad de 9,85 habitantes por kilómetro cuadrado. Es decir, superaban la media general en unos 4 puntos

aproximadamente. La población se distribuye beneficiando a la isla de Tenerife (63,3 por ciento del total canario-occidental) y secundariamente a San Miguel de la Palma (con el 27,47 por ciento). Gomera y Hierro concentraban al restante 6,2 por ciento, o sea, a unos dos millares escasos de pobladores. La ocupación de estos territorios dista mucho de ser completa puesto que la concentración dentro de cada isla se hace a favor de pueblos de La Laguna, La Orotava, Garachico, Icod, Tacoronte, Santa Cruz de La Palma San Andrés. En total, los núcleos de población concentrada se elevaban ya a un total de 36.

A finales del XVII, las Canarias Occidentales alcanzaban los 74.526 individuos, con lo que se había producido un crecimiento neto de nada menos que de 42.914 nuevos pobladores. Este elevado incremento se obtiene en gran medida gracias a Tenerife. La densidad ocupacional salta a 23,24 habitantes por kilómetro cuadrado y también se advierte una subida en el número de localidades de población concentrada a 45 núcleos urbanos. La distribución de la población continúa con un cuadro muy similar al predecesor; es decir, las Canarias Occidentales concentran al 70,92 por ciento del total regional (bajando 6 puntos respecto al recuento precedente) y se distribuyen de la siguiente forma: 69,2 por ciento en Tenerife, 19,24 en La Palma, pasando Hierro y Gomera a concentrar a casi el doble de población (11,9 por ciento) de la conseguida en 1605. En definitiva, en las Canarias Occidentales vivía la mayoría del pueblo canario durante el s. XVII.

TENERIFE

Inicio el s. XVII con una epidemia de pestilencia que comienza en Garachico, en julio de 1601, y se extiende a las zonas limítrofes de Los Realejos, Los Silos, San Juan del Reparo, El Tanque, Icod y Puerto de Santa Cruz. Coincide este temible contagio con la crisis de la producción azucarera y con la necesidad de establecer cordones sanitarios con cierre de puertos y caminos interrumpiéndose el comercio, las comunicaciones con el exterior y el abastecimiento local.



Las cosechas y hambrunas espantosas provocaron cientos de fallecimientos. (Pepe Dámaso. La Umbría (fragmento) 1976).

Eso hace que Tenerife, a principios de siglo, sólo experimente una subida de 620 personas desde 1587. La densidad se eleva un poco a 10,87 habitantes por kilómetro cuadrado y los núcleos urbanos también crecen a más de 20. Poblaciones como Tacoronte, Icod, Realejo de Abajo, La Rambla y Buenavista concentran al 25,75 por ciento del total tinerfeño. En cambio la capital insular obtiene un porcentaje bajo — 21,4 por ciento — más de la mitad por debajo de recuentos anteriores. Garachico y La Orotava sostienen el ritmo de crecimiento rápido que ya se hacía sentir desde mediados del siglo pasado. En 1627, Santa Cruz despegaba ya con 900 habitantes, termina de construir la parroquia de la Concepción y el puerto es frecuentado por numerosos buques mercantes. En 1632, Alonso Llarena propone solicitar que la Real Audiencia fuese trasladada a Tenerife por ser esta isla «más rica, más poblada...».

Las localidades norteñas están en pleno auge. Así, en 1675, la diferencia entre La Orotava y el Puerto de la Cruz con la Laguna se había invertido en beneficio de las dos primeras. Garachico en cambio sufre la postración a consecuencia del fuerte temporal de 1645 en el que una tromba violenta se precipitó súbitamente sobre dicha villa arrastrando 80 casas del barrio de Los Reyes pereciendo a consecuencia de ello más de 100 personas. La riada continuó prolongándose hacia el puerto hundiendo a más de 40 navíos. En la segunda mitad de la centuria de referencia Tenerife obtiene un fuerte crecimiento demográfico. Crecimiento que llevó aparejado la construcción de nuevos conventos, ermitas y parroquias en Granadilla, Santa Cruz, Tacoronte, La Laguna, Garachico, La Guancha y Arico, así como una abundante cosecha de títulos nobiliarios demostrativos de que la producción agraria y el comercio prosperaron de tal modo que llegó a crear grandes fortunas. Eso explica también que la población duplicara en dos veces y media los resultados de 1587. En el padrón general del Obispado de 1688 aparece Tenerife con 29 núcleos urbanos, 11.751 casas habitadas y 51.867 habitantes. En estos años se han poblado considerablemente Santa Cruz (2.491 h.), Güímar y Candelaria (2.353 h.) y Chasna (2.396 h.). Las localidades norteñas dan un salto notorio y la principal novedad es que ya aparecen enclaves de la comarca sureña: Arico, Granadilla, Adeje y Santiago que sumaban unos 3.728 habitantes.

LA PALMA

Desde 1587 hasta 1605 La Palma había crecido en unos 2.835 habitantes en tan sólo 18 años. Los 8.685 palmeros convierten a esta isla en la segunda más poblada del Archipiélago. Eso supone una densidad de 13 habitantes por kilómetro cuadrado y un 21,33 por ciento del total regional. Los recursos humanos tienden a concentrarse en la capital insular, Santa Cruz, que absorbe el 41,45 del total palmesano. La villa de San Andrés se erige en la concentración más poblada, seguida de La Breña (sic), Los Llanos e Ingenios de Argual. En las 10 localidades restantes habita el 22,23 por ciento de la población insular.

En 1676 y 1688 la población palmera pasó de 13.315 a 14.342 habitantes con un aumento del 7,46 por ciento en un intervalo de 12 años, pero mucho más espectacular si comparamos ambas magnitudes con las de 1605. La densidad aumenta en estos años a más de 21,65 habitantes por kilómetro cuadrado y se sitúa en tercer lugar después de Tenerife y Gran Canaria. La mayor parte de los palmeros se ubican en la zona costera, quedando las medianías y cumbres semivacías.

Salvo la emigración hacia América, La Palma no tuvo grandes sobresaltos que incidieran negativamente en el desarrollo demográfico. Tuvo dos erupciones volcánicas en 1646 y 1676 sin efectos catastróficos, la amenaza pirática apenas incidió sobre una isla predominantemente acantilada, poblada y bien guarnecida.

GOMERA

En 1605 la Gomera contaba con 1.035 habitantes, es decir, unos 230 menos que en 1585. La densidad, por lo tanto, había descendido por debajo de 3 habitantes por kilómetro cuadrado. La mayoría de los gomeros residían en San Sebastián (86,9 por ciento) y un porcentaje ínfimo residía en Vallehermoso.

Como puede verse, la decadencia de la Gomera parece incuestionable. Abandonada por los

señores de la isla y por los poderes centrales no sale de la postración. En 1607 los señores suscriben pactos con 16 vecinos de Tenerife a los que se les dan tierras a renta anual en Etime, Lomo del Merlo, Agulo y Tamargada. Pero esta repoblación-colonización no consigue reanimar la economía isleña basada en la agricultura y fracasa estrepitosamente puesto que en 1620 no quedaba más que un solo vecino tinerfeño cultivando 1.700 fanegadas por una renta de 24 fanegas de trigo anual.

La severidad del dominio señorial, la escasez de tierras para labrantío por la peculiar orografía, la ausencia de artesanía unido al carácter periférico y marginal de la Gomera respecto a las grandes rutas comerciales, conducirán a una situación de crisis permanente con una economía siempre en la frontera de la precariedad.

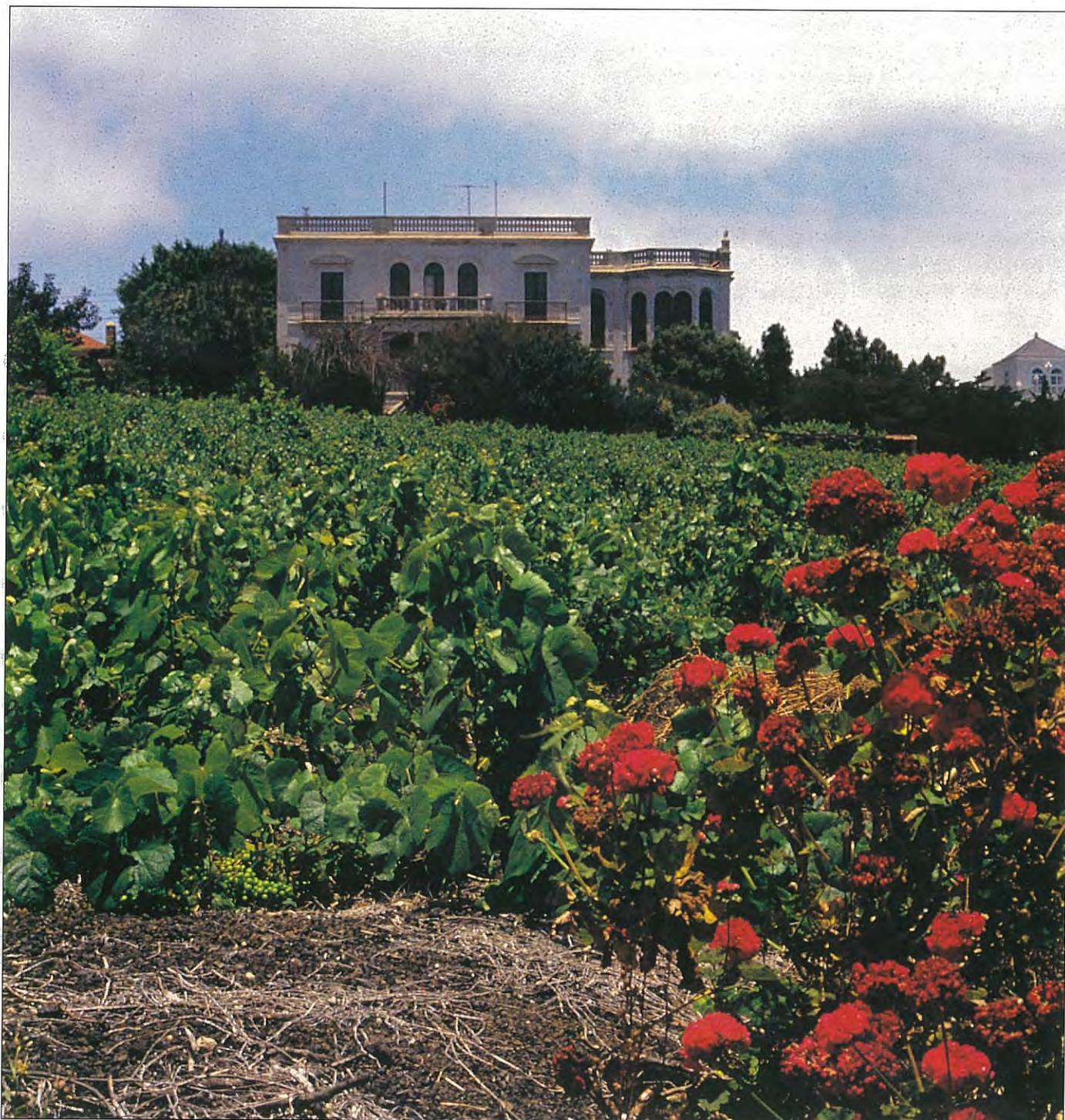
Al finalizar el XVII parece haberse producido un cambio de rumbo por cuanto en 1676 «la Isla Colombina» disponía de 4.231 almas, distribuidas en 6 poblaciones del interior y en la villa capital. En 1688 se apreciaba un nuevo incremento elevándose esta vez a 4.661 habitantes. Las localidades de Vallehermoso y Hermigua llegaban ya hasta superar a San Sebastián. Vallehermoso, situada en el noroeste de la Gomera, da muestras de despegar económica y demográficamente. Es por lo que en 1635 construye una iglesia parroquial para el creciente vecindario. Al consumarse la centuria, la Gomera parece desperezarse mejorando sus bases económicas y alcanzando una densidad de 10 habitantes por kilómetro cuadrado. Eso supone que también mejora su porcentaje —4,43 por ciento— respecto a la población canaria de estos años. Hasta entonces nunca esta isla había llegado a alcanzar semejantes magnitudes.

HIERRO

La isla más occidental contaba en 1605 con 922 habitantes. La población herreña aparece concentrada básicamente en su capital Valverde y en la zona agrícola del norte de la isla conocida por El Golfo. La densidad se fijaba en unos 3,5 habitantes por kilómetro cuadrado. Los efectivos humanos herreños re-



Con la caña de azúcar se inauguró el primer ciclo económico de Canarias.



El viñedo permitió a Garachico momentos de gran esplendor.

presentaban un porcentaje de 2,26 respecto al total canario que venían a significar los más bajos de todo el Archipiélago. Y es que Hierro como isla de señorío que era, con una situación económica precaria, imposibilitada para participar en el comercio dada su lejanía, no estaba en condiciones

de atraer población, ni siquiera podía impedir la emigración ante el poco halagüeño panorama económico y social de estos años.

Sin embargo, la situación va a cambiar en la segunda mitad de la centuria de referencia. En

efecto, en 1676 vemos cómo la población herreña se triplica alcanzando las 3.434 almas que determinan una densidad de 13,02 habitantes por kilómetro cuadrado, de las más altas de toda Canarias. Con ligeros altibajos, los sucesivos recuentos poblacionales ven aumentar las cifras reseñadas. En 1688 la isla contaba ya con 3.956 herreños que significaban un promedio de 3,76 por ciento sobre el total regional y una densidad de 15 habitantes por kilómetro cuadrado. Estos efectivos mantienen la tónica de concentrarse en Valverde y toda la comarca de El Golfo.

POBLAMIENTO Y POBLACION DE LAS CANARIAS ORIENTALES EN EL S. XVIII

La caída de la producción azucarera supuso un «crac» para la economía grancanaria. Si a ello unimos el acoso pirático cada vez más intenso y destructivo, el desplazamiento de la actividad económica hacia las Canarias Occidentales y las epidemias de peste de principios del s. XVII encontraremos la explicación de los hechos que determinaron una importante reducción de los efectivos humanos de las islas orientales en los inicios del seiscientos. En efecto, en 1605 la población de esta parte del Archipiélago se fija en 9.090 personas, consignándose una pérdida de más de un millar de habitantes respecto a 1587. Ello repercute también en la densidad que se sitúa en 2,23 habitantes por kilómetro cuadrado. En estos años, las Canarias Orientales representan un promedio de tan sólo 23,33 por ciento respecto al conjunto regional. Estas cifras expresan mejor que cualquiera otra cuestión el alcance de la crisis.

Sin embargo, una vez superadas todas las adversidades impuestas al desarrollo demográfico en el último tercio de la centuria, la recuperación se presentó como el signo más sobresaliente. En 1676 la población canario-oriental ascendió a 23.928 habitantes lo que supuso un aumento neto de unos 14.838 nuevos pobladores. La recuperación iniciada en la mitad del XVII no se detuvo ahí ya que en 1688 los recursos humanos de las islas orientales eran ya de 30.549 habitantes, o sea, el 29,07 por ciento del total regional, con una ocupación de 7,5 habitantes por kilómetro cuadrado.



A la caída de la caña de azúcar la economía canaria se sustenta en las exportaciones de vinos.

La distribución de estos recursos humanos es bastante disimétrica ya que nada menos que un 72 por ciento estaba establecida en Gran Canaria en tanto que el 18 por ciento restante se distribuía a partes iguales entre Fuerteventura y Lanzarote.



Expansión urbana de la ciudad de Las Palmas durante el siglo XVII. (Mapa de P.A. del Castillo).

GRAN CANARIA

La invasión de Van der Does en 1599 que arrasó por completo la capital insular determinó el que los habitantes de Las Palmas de Gran Canaria empleasen todo el siglo XVII para reconstruirla. A ello se añade la interrupción de la producción azucarera y el cese de las exportaciones a los mercados europeos. A su vez Gran Canaria se ve imposibilitada para

competir con los vinos tinerfeños con lo que ve reducida su importancia comercial, económica y política. Pero como casi siempre las desgracias no vienen solas, se inicia en julio de 1601 una epidemia de peste que duraría al menos hasta principios de 1604. En Las Palmas de Gran Canaria se enterraban diariamente entre 7 y 9 personas contagiadas. El daño pestilencial se trasladó a Telde y aunque parece que sus efectos fueron menos virulentos no desapareció más que al término de 1603. Guía y Gáldar también fueron



La ciudad de Telde vista por Torriani a fines del siglo XVI.

alcanzadas por el daño mortal al igual que otras localidades del interior de la isla. Las sequías eran tan frecuentes como las inundaciones. Así constatamos una sequía en 1604 y dos temporales de viento y lluvia en 1613 y 1615. Los efectos son iguales de devastadores en las cosechas y viviendas. A la vista de todos estos impedimentos no es de extrañar que Gran Canaria registrase en 1605 una población de tan sólo 6.615 habitantes, perdiendo casi dos millares de almas desde el último cómputo del año 1587.

Distinguimos para Gran Canaria tres fases a lo largo del XVII. Una primera que se prolonga desde 1600 a 1640 que se puede calificar de depresiva debida a los efectos de la peste, sequías, levas, invasiones de langosta africana, ataques piráticos, flujos migratorios hacia América y caída de las tasas de natalidad. Una segunda fase que va desde 1641 a 1680 de reanimación en todos los órdenes. Se decía por entonces que «tiene la Isla mucha gente nobilísima y más de 150 mayorazgos de buena ren-

ta; es abundante de ganados, de trigo, vino, y todo género de frutos».

Y una tercera y última fase que va desde 1681 hasta 1700 en donde se aprecia un descenso pero mucho más suave respecto de los 4 decenios de comienzos de la centuria. Todavía persisten los acosos piráticos como el de 1685 en que fallecieron en Maspalomas un capitán, un alférez, y 5 milicianos en un enfrentamiento con piratas franceses. A ello se debe la epidemia de viruela acaecida en 1694, la plaga de langosta de 1680 que llegó al Archipiélago coincidiendo con una grave sequía y la formación de un nuevo tercio.

En 1676 Gran Canaria obtenía una cifra de 17.167 habitantes, casi el triple de la conseguida en el último recuento de 1605. Doce años después, en 1688, se elevaba de nuevo a 22.154 habitantes que venían a significar el 21,08 por ciento del total regional y una densidad de 16,38 habitantes por kilómetro cuadrado.

Dada que la inmigración durante el XVII fue mínima (reducida exclusivamente a unos pocos mercaderes y un gran número de esclavos negros), el fuerte crecimiento de Gran Canaria se debe ante todo al saldo vegetativo y la altísima fecundidad. Tan sólo en Las Palmas de Gran Canaria se contabilizaron 22.490 bautizos y 5.045 matrimonios a lo largo de los cien años estudiados.

La población se concentraba básicamente en Las Palmas de Gran Canaria que de 2.700 habitantes que tenía en 1605 había pasado a 6.114 en 1688. La siguen en importancia Telde y la Vega de San Mateo, lugares que se habían poblado bastante en estos años. En el N.W., entre 1629 y 1686 la población había aumentado en todas las parroquias a excepción de Gáldar. De una cifra de 2.851 se pasó a 3.600 habitantes. En el Sur, Tirajana y Agüimes obtenían unas subidas espectaculares, pues de las 135 y 450 almas con que contaban en 1605 pasaron en 1688 a ser de 1.806 y 1.222 respectivamente.

FUERTEVENTURA

Durante el s. XVII Fuerteventura va a conocer un aumento de su población duplicando sus efectivos. Este hecho tiene

más importancia dado que en estos años persistían con igual o peor intensidad los obstáculos seculares impuestos al desarrollo demográfico. En 1605 la población mayorera era de 280 vecinos, o sea, unas 1.260 almas aproximadamente que venían a resultar una densidad de sólo 0,73 habitantes por kilómetro cuadrado y un menguado porcentaje de 3,1 sobre el total regional. En 1624, el inquisidor Santalix informa que Fuerteventura y Lanzarote «eran muy pobres y despobladas, abiertas donde de ordinario andan moros y otros corsarios».

En 1629, las Sinodales del Obispo Cámara y Murga aseguran que «... toda la isla tendrá como 500 vecinos divididos en muchas caserías; solo la Villa tendrá como 100...» con lo que la población habría experimentado un crecimiento notable en las dos últimas décadas. En 1641 el Cabildo estima en 334 vecinos (unos 1.500 habitantes) la población mayorera. Es la propia institución la que entre 1668 y 1669 recuenta de nuevo los recursos humanos y los fija en más de dos millares de personas.

Entre 1676 y 1688 contamos con los cómputos del «Documento base» que establece en más de 4.000 los habitantes de Fuerteventura. Eso significa una densidad de 2,25 habitantes por kilómetro cuadrado y un porcentaje de 3,81 respecto al conjunto de la población canaria. Fuerteventura a lo largo del diecisiete nunca contó con poblamiento continuo e importante. Disponía de unas 892 casas habitadas, concentradas sustancialmente en Betancuria y Antigua en el centro mismo de la isla. Más al norte se encontraba el caserío de La Oliva. Estos tres enclaves fueron los primeros asentamientos en donde se constituyeron las bases de la ocupación moderna de Fuerteventura. A ellos debe añadirseles Pájara que de ser un modesto caserío al finalizar el s. XV se va a expandir con posterioridad hasta convertirse en un pueblo relativamente importante. Tuineje, en la zona sur, era en 1590 un modesto pago que con el tiempo se transformaría también en núcleo urbano próspero. Las bases económicas de Fuerteventura eran de corte tradicional. Descansaban en la explotación agrícola en «oasis» y la práctica de la ganadería extensiva, pesca de bajura, artesanía y comercio. El régimen señorial y sus constantes abusos obstaculizaban el desarrollo económico y social.

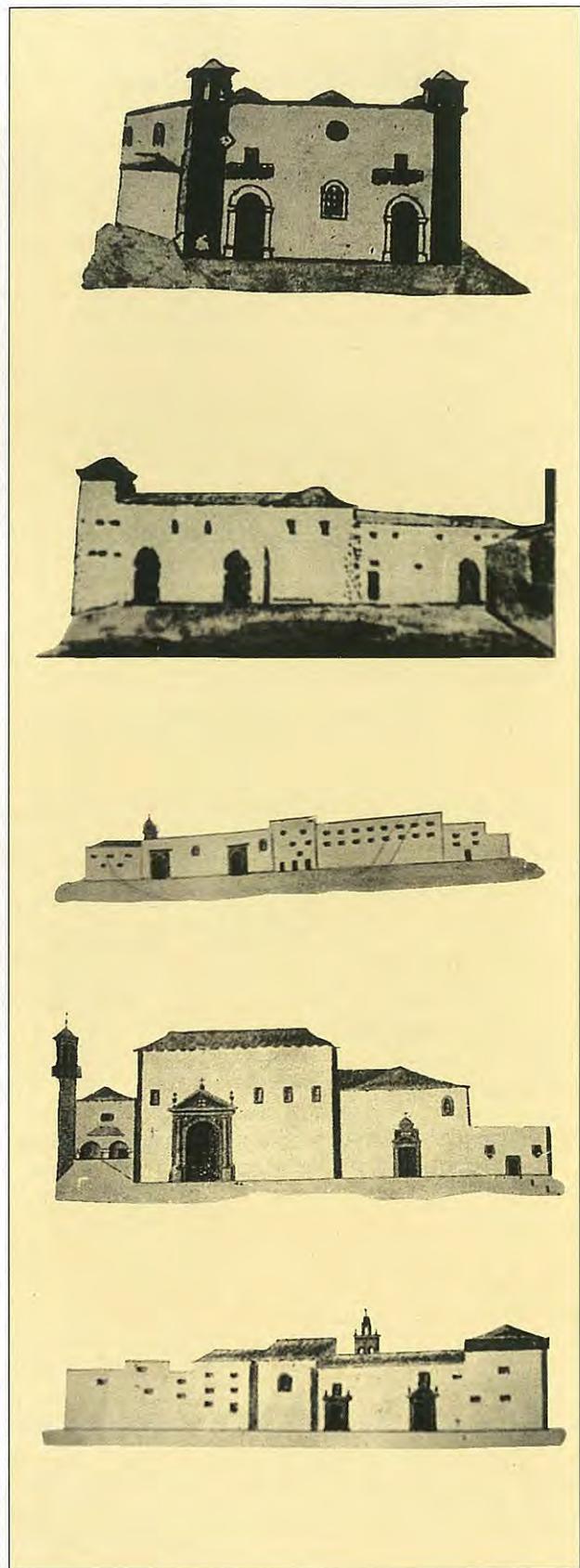
LANZAROTE

La isla de Lanzarote inicia el s. XVII con 1.215 habitantes según la estimación realizada en 1605. Desde el último recuento sólo consiguió añadir 215 nuevos pobladores, persistiendo la baja densidad como se desprende de la cifra de 1,45 habitantes por kilómetro cuadrado.

En Lanzarote se desató una epidemia de peste en 1601 y en 1603 sobreviene una sequía muy grave que acabó con casi todo el ganado. El hambre causó tantos estragos como la peste emigrando a Tenerife numerosa población. Las correrías piráticas siguieron hostigando a esta isla abierta por todas partes llevándose numerosos cautivos e interrumpiendo el tráfico por mar. Por otro lado el dominio señorial dificultaba el despegue económico y social de Lanzarote. De ahí la postración estructural que padecía esta isla desde el s. XVI.

En la segunda mitad del XVII se aprecia ya una cierta reanimación demográfica, sin duda auspiciada por la mejora de las bases económicas. Así se comprueba cómo en 1676 se da un gran paso triplicándose los recursos humanos. En 1688 los lanzaroteños cuadruplicaron las cifras de población obtenidas en 1605 al llegar nada menos que a 4.483 habitantes. Con semejantes magnitudes la densidad se sitúa en 5,37 habitantes por kilómetro cuadrado. La población se concentra fundamentalmente en Teguise, capital de Lanzarote, en donde vivían 3.943 personas en 869 casas. Se trataba ya de una capital con una organización administrativa, religiosa y militar aceptable.

En el norte de la isla se encontraba Haría que contaba con 540 habitantes alojados en 114 casas. El resto de la isla parece estar semivacío a excepción del Puerto de Arrecife en cuyo caserío se erigió un oratorio o ermita construida probablemente en 1630 por un mercader y un capitán llamado Francisco García Santellas, de origen francés y administrador en Lanzarote del Estado.



Las órdenes monásticas influyeron notablemente en la difusión de la cultura y en la unidad de la fe de los pobladores canarios. (Dibujos de Alvarez Rixo).

CUADRO 1

PILAS, VECINOS Y EQUIVALENTES EN HABITANTES (CENSO DE 1587)

| ISLAS | PILAS | VECINOS | EQUIVALENTES A HABITANTES | POR 100 DEL TOTAL |
|----------------------|-------|---------|---------------------------|-------------------|
| GRAN CANARIA | 11 | 1.709 | 8.545 | 22,07 |
| TENERIFE | 16 | 4.070 | 20.350 | 52,58 |
| LA PALMA | 12 | 1.070 | 5.850 | 15,11 |
| GOMERA | 1 | 253 | 1.265 | 3,27 |
| HIERRO | 1 | 200 | 1.000 | 2,58 |
| LANZAROTE | 2 | 120 | 600 | 1,55 |
| FUERTEVENTURA | 1 | 219 | 1.095 | 2,83 |
| TOTAL CANARIAS | 44 | 7.741 | 38.705 | 100,00 |

(ARBELO CURBELO, A.: «Población de Canarias, siglos XV al XX y sus fenómenos Demográficos-sanitarios». Las Palmas DE G. C. 1990).

CUADRO 2

PADRON GENERAL DEL OBISPADO DE CANARIAS (1686)

| ISLAS | HABITANTES | VARONES | HEMBRAS |
|----------------------|------------|---------|---------|
| TENERIFE | 51.567 | 24.665 | 28.179 |
| LA PALMA | 14.342 | 6.167 | 8.177 |
| GOMERA | 4.661 | 2.305 | 2.243 |
| HIERRO | 3.956 | 1.606 | 2.350 |
| GRAN CANARIA | 22.154 | 10.516 | 11.181 |
| LANZAROTE | 4.483 | 2.087 | 2.358 |
| FUERTEVENTURA | 3.912 | 2.292 | 1.620 |
| TOTAL CANARIAS | 105.075 | 49.638 | 56.108 |

(SANCHEZ HERRERO, J.: «Las islas Canarias en la segunda mitad del s. XVII (1676-1688)». A.E.A. XXII, pp. 617-631, Madrid - Las Palmas de G.C., 1976).